

UN CENTRO EDUCATIVO QUE PROPICIE
LA INVESTIGACIÓN
AMBIENTAL



El ser humano como parte de la naturaleza ha necesitado, de igual manera que el resto de las formas de vida, de condiciones ambientales óptimas para su adaptación. Su participación dentro de los ecosistemas durante mucho tiempo no sobrepasó los límites de la resiliencia, y favoreció la supervivencia armoniosa, a lo largo de miles de años.

Los procesos culturales logrados con creatividad y paciencia, permitieron que la humanidad enfrentara los retos existentes, que surgían de las necesidades de cada época. La clave nunca estaría en la homogenización de las soluciones, sino en la propia diversidad cultural, que ofreció respuestas multicolores a problemas similares.

Del mismo modo que en el mundo biológico, en la cultura, la diversidad es la regla para mantener posibilidades de adaptación. La pluralidad es la respuesta a la supervivencia de la humanidad, frente a los acontecimientos que se enfrentan, debido a la acelerada e irracional transformación del ambiente.

Las necesidades del ser humano, para ajustarse adecuadamente a la vida, no han variado. Siguen siendo las mismas desde el inicio de la historia, aunque lo superfluo aparece como un espejismo de lo inherente.

Cada grupo humano logró acomodarse a las circunstancias del lugar que habitó, tomó la riqueza que la naturaleza le proveyó, transformó lo requerido mediante su creatividad y curiosidad.

Pareciera que la llave al problema ambiental está en la cultura misma, y en la diversidad que esta mantenga. La estrategia propia de nuestra evolución humana está ligada a ella.

El filósofo y pensador latinoamericano, Augusto Ángel Maya (2012), defiende el argumento anterior y lo expone de la siguiente forma: (...) “ello significa que la adaptación humana no se realiza a través de transformaciones orgánicas, sino a través de una plataforma instrumental compleja y creciente que llamamos ‘cultura.’” (pág.12).

No será posible el aprovechamiento continuo de los ecosistemas, si no se permite que estos mantengan su dinámico equilibrio. Para Ángel Maya, (...) “la resiliencia, representa los límites dentro de los cuales es posible la conservación del equilibrio del sistema. Ello quiere decir que existen límites fuera de los cuales ya no es posible reconstruir el equilibrio.” (pág.87).

Es imperioso devolver aquellas hierbas y árboles que crecen sin mayor esfuerzo y que formaron parte de la cultura olvidada en las comunidades. Que las personas vean en ellas otras fuentes de medicina y nutrición, que se enriquezca la cocina con las semillas, las hojas, los frutos y los tallos de aquellas plantas.

Se debe de retomar la investigación desde los centros educativos, aprovechando el servicio comunal, las ferias científicas y los proyectos de Bandera Azul Ecológica; todo ello, a partir de la curiosidad que la vegetación cultural pueda generar.

La educación tiene que propiciar soluciones a problemas concretos. Es deber ético que el conocimiento alcanzado en un centro educativo deba de contribuir con el progreso de la sociedad. Los métodos educativos deben ser orientados por los protagonistas del proceso en la praxis dialéctica de la enseñanza y aprendizaje. Existe necesidad de importancia global que exige que los centros educativos se involucren en las comunidades, para que estas puedan contar con insumos que orienten en la construcción de la calidad de vida del ser humano.

El centro educativo tiene que incentivar la educación ambiental para la alfabetización ecológica, mostrando un rostro diferente, en el que la cultura diversa y no homogenizada, permita ser parte de las soluciones de adaptación, conciencia emergente de la que dependerá la homeostasis de los ecosistemas.

Para poder lograr aportar desde el centro educativo a la diversidad antes mencionada, se requiere de un centro de ecología cultural en cada institución que promueva la investigación. Es menester la indagación sobre vegetación, que fue la base de supervivencia de

una sociedad, la cual, actualmente, es dependiente de otras culturas hegemónicas. En consecuencia, conocer sobre ellas para su pronta recuperación es tarea inminente.

Dado el creciente aumento de la pobreza en Costa Rica, según el informe del Estado de la Nación, es urgente ver que lo que alimentó en su momento, lo vuelva a hacer. Se tienen que reincorporar las plantas para la nutrición y salud de las personas; esto, sin olvidar las otras formas de vida. Para todo ello, se hace muy necesario contar con un lugar físico para la germinación, cuidado e investigación de plantas de cada comunidad dentro de los centros educativos.

De los trabajos que se realicen en el centro de ecología cultural, se propiciará un diálogo entre los miembros de la institución educativa y de la comunidad, para comprender la relevancia del consumo y utilización de lo propio en la construcción de una cultura de supervivencia.

Los resultados de las actividades pedagógicas de investigación, por medio de proyectos en el centro, tendrá como objetivo el promover el beneficio comunal, mediante la reforestación y el conocimiento de plantas, de las que muchas personas podrían haber escuchado, pero no las han conocido.

Apoyar más lo propio, que crece sin mucho cuidado e insumos agroquímicos dada su adaptación evolutiva, y disminuir el consumo de alimentos que han tenido que viajar miles de kilómetros para llegar a una mesa, con todos los problemas ambientales que esto arrastra, requiere de la mayor atención de todos y todas.

Referencia bibliográfica:

Maya, A. (2012). El retorno de Ícaro, muerte y vida de la filosofía: una propuesta ambiental. Cali, 5847 Colombia: Corporación Universitaria Autónoma de Occidente.



Lic. Cristian Marrero Solano.
Licenciado en docencia y enseñanza de las ciencias naturales, profesor universitario y de enseñanza media en el área de biología.

